

Diego Otero

Memorandum of Birds

1. *Autorretrato*

Tú eras de la raza aquella que se atora de luces
y calla
torpemente,
y convoca los dones de las más pequeñas
cosas
que se asombran:
un acorde
una ventana muerta
una pluma
que viaja sola en
la neblina.

Breve estudio de la indiferencia

He visto morir a un hombre viejo
con una violeta inexplicable entre
las manos.

Hay algo vertebrado
en las luces que lo envuelven

y ajeno

(La radio sintonizada en el vacío / una violeta
inexplicable).

Pero caen mis ojos
de papel y
ruedan
hasta los delicados pies de Nadie.

Y un gato absurdo
y amarillo
es quien contempla de lejos el silencio—

y es el corazón mismo del acero,
la indiferencia.

La sucia
lealtad de las violetas.

Homenaje a un reloj sin manecillas

Y se nos cuarteará la voz
como la espina de los peces fulminados
por la luna
porque un día fuimos
divinamente frágiles
y necios
y jamás
supimos recibir
el extraño don de las paredes.

Tú me entiendes—
las paredes.

—Mira:
en mis ojos no existe nada
sino una bola de mariposas
muertas.

(Señoras y señores, temo informarles
que a veces un remordimiento es una lluvia—
un caballo de agua que inunda nuestra casa
y brota de los techos,
los cajones,
y nos persigue
mordido de sombra
en los pasillos,
el retrete,
el desfigurado rostro
del tipo que lee las noticias).

¿Sabías que en el cielo
hay un piano
que guarda el esqueleto de Chopin?
¿lo sabías?

¿Sabías que un perro cegado de
pétalos
lo conduce
como a una carroza entre las nubes
y lo ayuda a reír
y a defecar?

¿Sabías que somos niños
persiguiendo luciérnagas
migajas de luz
en las habitaciones
más opacas
del Palacio de las Sombras?

¿Sabías que todos los cuerpos
son juguetes cansados y torcidos,
y que sus tristes labios
son de nadie
y para nadie?

Anoche tuve náuseas,
y dejé en la sala un plato
con un poco de carne,
cebollas
y arroz mal preparado.

Cenarán los pájaros
la inmundicia
el encantado esqueleto
de Chopin.

Only emotion remains
in our glass of blood.

Sólo la emoción.

Pero somos niños
y somos crueles
y hemos arrojado piedras y latas
hasta matar
al viejo mago
que perdió el empleo.

Ya nadie nos hará soñar.

Si hay una palabra que agoniza
es la palabra asombro
—llamen a un médico.

Yo solía vivir
como un
niño amotinado de fulgores.

Yo solía vivir.

El esqueleto encantado
de Chopin

el Sol

la inmundicia

Pianísimo

Pianísimo.

En el mejor de los silencios (boceto para una *performance*)

Un hombre sube lentamente a un escenario. No es un torero desahuciado pero lleva un traje de sombras / y el equivocado corazón de un pájaro que calla y huele a mar. Mira al suelo unos segundos y pasa saliva, como quien se traga la inocultable mueca de la desprotección y, luego, minuciosamente, repasa con los ojos el marchito color de las butacas. Todo su público es un cuervo, una luciérnaga despiadada y una niña. Para qué más, acaso piensa el hombre, mientras coloca el corazón sobre una pequeña mesa en la que hay una larguísima bottella y un caracol hecho de luz. Al fondo, una mujer desnuda cruza el escenario y arrastra, con una enorme cadena, una nube como un fantasma mutilado. Algo no está funcionando bien aquí, dice repentinamente el hombre, abriendo los ojos con violencia, como dos platos donde hubieran comido con las manos la envidia y el pavor. Yo debería tener un par de alas, una bicicleta blanca, y un corazón dorado que palpite como el capullo de un temblor. Pero ya ven, me obligaron a subir a un escenario, solo, con estos trapos robados al peor apóstol de la lluvia. Sí, es verdad. Yo debería tener un corazón y no este hueco en el que alguien arrojó un espejo, una gota de sangre y un reloj histérico. El hombre se da media vuelta. Queda el eco brevemente y sus palabras caen sobre la madera astillada, y se quiebran como copas de vidrio, como burbujas que son bellas porque vuelan y transparentan y son nada. Luego, en el mejor de los silencios.

Un viejo fotograma

Digamos que es un patio. Uno sin nombre
y que se ha puesto tímido de pájaros
y brilla
cubierto de cera
como el corazón de
las personas que están solas
y llevan una flor de huracán
en los bolsillos,
en las carteras.

En el filo de la
noche,
el bailarín que ha viajado hasta tu voz
transforma la música
en ventanas,

la luz ha huido de las habitaciones
y es un brazo enorme
de jade desplomándose,
liquidando al bailarín
liquidando al bailarín
liquidando al bailarín
como un viejo fotograma
repetido al infinito.

(El proyccionista se ha quedado dormido. El café está medicamente muerto y lo vela con esmero la sombra de una mariposa —una sombra como un tatuaje vivo—. Las máquinas escupen ruidos secos. Y abajo, en las butacas, la gente silba y se endurece, porque siempre será un pecado detener el tiempo).

Digamos que es un patio. Uno sin nombre
y se ha vuelto tímido
de pájaros
y es nuestro
como es nuestra la ansiedad o la certeza
de la risa.

Y así giramos
niños,
y giramos
y es muy simple:
aprendemos a imantar el desconcierto